

PREMIO MAURICIO ACHAR
LITERATURA RANDOM HOUSE 2017

LUISA REYES RETANA

Arde Josefina



LITERATURA RANDOM HOUSE

Arde Josefina

LUISA REYES RETANA



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Emilio

el sueño, ese pregusto de la muerte

Jorge Luis Borges
«*El hacedor*»

1

Al llegar al sanatorio en Real del Monte, bajé la ventana del coche para tratar de leer las palabras en la marquesina. Aún era de noche. El frío me picaba la cara y la bruma me impedía leer. La complicada estructura señalaba los edificios de un sanatorio construido a lo largo de muchos años. Los edificios McKenna, Canterbury, Metodista, la Torre de Observación y Diagnosis, el Royal Crown y el Old Town Hall. Los letreros apilados, chuecos, con flechas que apuntaban más o menos en la misma dirección, parecían tener un propósito distinto al de la comunicación visual. Algo más bien asociado a la nostalgia, al autoconvencimiento o directamente a la demencia como propósito. Una marquesina de espectáculo para un hospicio de lunáticos.

Hice un cambio de luces y se abrieron las rejas negras. Crucé el patio con mi coche. El sanatorio me hacía sentir débil, relegada, incapaz de razonar. En el camino creí ver a dos hombres jorobados barrer en sincronía. Quizá trabajaban ahí, o se hospedaban, o los imaginé.

Me estacioné afuera del único edificio iluminado y caminé sobre una cama de hojas secas hacia la silueta ovalada de un hombre calvo. El médico, ojeroso y taciturno, se presentó como Marcos Moore. Sobre su cabeza colgaba un rótulo de madera con la palabra «Canterbury» escrita en semicírculo.

Subimos una escalera de caracol que nos llevó a un vestíbulo casi vacío, salvo por un sillón y una mesa plegable.

Cinco o seis mujeres vestidas con batas color rosa miraban en nuestra dirección guardando cierta distancia.

Algo artificial se develaba lentamente en el sanatorio. Una oscuridad demasiado lúgubre, un silencio vehemente, las caras sobradas. De madrugada se anuncian las cosas que nunca debieron suceder.

El médico me miró con compasión y vergüenza, con ojos desnudos y sonrisa errática, mientras algo se le escapaba de la cara. Reconoció la constitución de mi nariz y se estremeció: conocía la historia de mi hermano Juan y sabía que yo era su única familia, su último vínculo con el mundo extramuros. Juan era esquizofrénico y epiléptico y estaba internado en el sanatorio desde hacía varios años.

Moore me invitó a sentarme en el sillón. Desde que llamó la noche anterior para pedirme audiencia urgente sospeché lo peor, pero no quiso decirme de qué se trataba y no me gusta insistir. Nos sentamos y me tomó una mano y la puso entre las suyas. Retiré mi mano. Me preguntó si podía manejar información confidencial. Me pareció una pregunta fuera de lugar.

Desconfiaba de los psiquiatras, pero él me causó un escozor especial, nutrido, en parte, por la halitosis que le impuso a mi recuerdo de aquella conversación. Insistió en la confidencialidad del asunto y accedí. Parecía demasiado joven para su cuerpo de pera.

—Su hermano embarazó a una paciente, señora Aspers. Sentí una arcada en las tripas.

—Señora Aspers. Señora Aspers, ¿se encuentra bien? —preguntó parpadeando.

Aspers como Asperger, pensé. Aspersión, aspirina, áspero, aspirar, aspartame. Lo repasé para amortiguar el pensamiento caótico que me sobrevino con la noticia. Cerré los ojos un par de segundos, y cuando los abrí vi por la ventana un pedazo del muro del Old Town Hall. Concavidades

detrás de la fachada de falsa cantera que de frente simulaba una muralla derruida por la actividad belicosa y heroica del reino.

—¿Mi hermano embarazó a una paciente? —pregunté usando el fraseo exacto del doctor, en parte para asegurarme de haber escuchado bien, en parte porque la acusación que encerraba la frase me preocupó. ¿Estaba insinuando que mi hermano violó a una mujer?

—Su hermano embarazó a una paciente, señora Aspers —repitió Moore, esta vez con un tono más seguro y contundente, como si hubiéramos acordado que repetir la misma frase en distintas entonaciones nos evitaría tener la conversación que debe seguir a una declaración de esa naturaleza.

—¿Él solo? —pregunté mostrándome ofendida, pero Moore prefirió ignorar la acusación implícita en mi pregunta y simplemente aceptar que la dinámica de la reiteración se había terminado.

—Se llama Ágata Rosental y es maniaco-depresiva. Ingresamos a John al Canterbury para separarlos. Es un embarazo de alto riesgo, pero me temo que es tarde para terminarlo. Los padres de Ágata están en la Torre de Observación y esperan hablar con usted.

—Cuando dices que Juan «la embarazó», ¿qué quieres decir exactamente? —le pregunté a Moore.

—Quiero decir que Juan es el padre.

—¿Cuántos meses de embarazo? —pregunté obviando el subtexto de la conversación, no porque dejara de importarme la insinuación de que Juan hubiera violado a la mujer, sino porque no me llevaría a ninguna parte.

—Seis. Seis y medio, señora Aspers. Es imposible terminar el embarazo a estas alturas.

Negué con la cabeza varias veces mientras asimilaba la información. Me levanté y caminé en dirección a los cuar-

tos. Moore se quedó sentado en el sillón con la cabeza inclinada y expresión ofendida.

2

Mi hermano Juan y yo nacimos en Manchester, Inglaterra. Yo en 1976 y Juan en 1980. En 1981 nos mudamos a México. Nuestros padres, Jonathan y Holly Aspers, son empleados de la empresa constructora británica que se hace cargo de la obra carretera México-Pachuca, de tal modo que Juan y yo crecimos entre la Ciudad de México y Pachuca.

Nuestra casa en Lindavista es grande y fría. A trasluz se ve el polvo suspendido en el aire. El tirol de las paredes se llena de sombras casi imperceptibles que crecen conforme avanza la tarde. El comedor es oscurísimo. La mesa y las sillas brillan como joyas bajo el polvo. Hay vitrinas en el comedor, en la sala, en la cocina y en los pasillos. En sus repisas descansa una serie de objetos frágiles y sin utilidad aparente. Monos, payasos, mujeres de porcelana o de bronce, libros viejos amarrados con listones, vajillas apiladas y empolvadas, botellas vacías renegridas por el tiempo, bustos sin nariz y sin orejas, óleos con escenas religiosas. Hay cosas parecidas en los baños y en los cuartos. Me pregunto de dónde vienen y para qué son. Nunca salen de sus escaparates. Están con llave, como si fueran valiosos y nosotros, ladrones.

A Jon y a Holly no les gusta el ruido, pero casi nunca están. Nos cuida la nana Ramona. Nuestra relación con ellos es distante. No tenemos lazos de cariño. No los procuran ni los pedimos. Nos mantienen, nos regañan, nos callan. Fuman, beben, leen, hablan estrictamente en inglés. Son ob-

sesivos con sus temas de trabajo y no se esfuerzan por compartirlos con nosotros. No hablan de su vida en Mánchester, de sus familias o de su barrio, ni siquiera entre ellos. Da la impresión de que no tienen pasado, o que está descartado. Ven «lo británico» como un sistema de perfeccionamiento y control a través del cual tolerar la vida.

Se afanan en ser estrictos, al grado de reprendernos por comer tacos con la mano, reír a carcajadas o ver telenovelas. Nos consideran ordinarios y vulgares. Si hablamos en español nos gritan o nos pellizcan. Jon se pone trajes de tres piezas y se soba los bigotes mientras ve por la ventana, empuñando su reloj de bolsillo y entrecerrando los ojos. Supongo que trata de ver un jardín florido en vez de la calzada Ticomán. Holly usa vestidos grises o negros, ceñidos al torso, de cuello alto, mangas ajustadas y falda hasta los tobillos. Se peina con un chongo que le estira la piel de la cara y se abanica con movimientos cortos y ostentosos, censurando todo lo que abarca su mirada.

A veces nos llevan a Pachuca y nos encargan con una pareja cuya principal virtud es la de ser ingleses. Pachuca es el mundo de Jon y Holly. Nos llevan para hacernos parte de la comunidad inglesa instalada ahí, pero eso no sucede. Holly aprovecha las carreteras para hablar de sus antepasados. Nos cuenta que sus tatarabuelos se hicieron inmensamente ricos en Pachuca durante el Porfiriato. Dice que gracias a una serie de contratos que las compañías mineras británicas establecieron con el gobierno mexicano se desarrolló la explotación de metales y minerales en este país tan atrasado. Cuenta que además se originó una comunidad inglesa que logró enriquecerse considerablemente y conservar su estilo de vida. Que como comunidad lograron reproducir ese modelo exitosamente en muchos estados del país y generaron fortunas importantes para familias inglesas, incluso en lugares más primitivos que Pachuca y Real del

Monte. Dice cosas como: «El espíritu explorador de los ingleses sólo puede mantenerse si evitamos adoptar rasgos culturales locales». Voltea de vez en cuando desde el asiento del copiloto para asegurarse de que entendamos el mensaje. Cuando no encuentra lo que busca en nuestras miradas, nos repite las cosas varias veces.

Siempre volvemos de Pachuca tristes, porque ahí, más que en cualquier otro lugar, confirmamos que no somos como ellos y que estamos destinados a decepcionarlos.

Ramona es la primera en darse cuenta de que Juan tiene un problema de salud mental. Yo simplemente creo que los hermanos menores, por regla general, son sádicos, masoquistas, se angustian y amenazan con aventarse por el balcón. Ramona insiste a Holly que Juan es ansioso y violento, y Holly guarda silencio. Hace como que es un tema de niños y nanas. Ramona le suplica que se quede en la casa para estar con él y que vea cómo se comporta. Holly pone pretextos, pero se le descompone el gesto. Jonathan, por otro lado, jamás se acerca a Juan, como si sospechara que si lo viera de cerca no tendría modo de huir.

Juan llora mucho. Un llanto atormentado y espasmódico, y su dolor es duro de presenciar. Su cuerpecito se estremece y aprieta tanto los puños que se lastima con las uñas las palmas de las manos. Ramona y yo tratamos de contenerlo, pero Juan nos pone en situaciones imposibles.

Hemos desarrollado mañas que nos ayudan a protegernos física y emocionalmente. Le aplicamos llaves cuando amenaza con lastimarnos, y de inmediato nos insulta. Su elocuencia espanta. Para callarlo, pretendemos que no entendemos lo que nos dice, como si nos hablara un niño pe-

queño que no pronuncia bien las palabras. Se frustra, grita, llora y eventualmente para de hablar.

Una tarde de domingo Ramona se enferma. Jon y Holly tienen que hacerse cargo de nosotros. Nos llevan a pasear al Deportivo Miguel Alemán por primera y última vez. Juan tiene ocho años y yo doce.

Llegamos al deportivo hacia las cinco de la tarde. Después de un rato de caminar por las instalaciones encontramos una sección arbolada cerca de las canchas. Jon y Holly se sientan en el pasto, sacan sus cigarros, sus bebidas, sus novelas y se dedican a leer mientras Juan y yo nos damos manotazos y cachetadas y Juan me amenaza con un palo. Holly se enoja, más porque estamos haciendo ruido que por la violencia misma, y le dice a Juan que deje de comportarse como un tarado. Lo llama *retard*. Volteo a ver a Juan temerosa de su reacción. Los ojos le crecen como globos y cierra los puños. Está reuniendo su furia. Empieza a gritar y a tirar puñetazos. Primero gruñe mostrando los dientes y luego grita: «¡No me insultes, idiota! ¡Quién te sientes! *You are the retard!*». Holly trata de calmarlo y Juan la coge del cuello y aprieta, se quita un zapato con la otra mano y le pega duro en la cabeza. Holly, incrédula, lo empuja, retrocede un par de pasos y se pone una mano en la frente, luego en el cuello. Se mira la palma de la mano como buscando una respuesta. Nuestro padre está furioso. Regaña a Juan, lo sujeta de los hombros y le grita y le escupe en la cara mientras habla. Juan se zafa y corre a estamparse contra un árbol. Rebota, cae. Se para como resorte y sigue golpeándose contra el tronco del árbol hasta que le sangra la cabeza. Trato de aplacarlo, me pega, se tira al piso y grita: «¡Muérete, idiota!, ¡muérete, idiota!, ¡muérete, idiota!». Me acuesto a su lado y le hago una llave que le impide usar los brazos. Tira patadas y alaridos. Su boca burbujea de rabia y el gesto se le vuelve un grito sordo de có-

lera y frustración. La fuerza cede su lugar al dolor. Nos quedamos unos minutos en esa posición. Le veo la cara roja, monstruosa, deformada. Ya no puede emitir sonidos. Parece catatónico. Lloro largamente entre mis brazos. Percibo el olor a sangre y el cuello de mi vestido se empapa de mocos y lágrimas. Mis padres nos miran atónitos todo el rato.

En el coche de regreso a casa, Holly dice: «El asunto de Juan se soluciona mañana». Temo que sugiera internarlo en algún lugar lejos de mí. No la conozco lo suficiente. No sé de lo que es capaz. Le pregunto a qué se refiere y me ignora. Odia el desorden, el ruido, las groserías, la irregularidad. Ella y Jon intercambian miradas tensas que veo por el retrovisor. Jon le toma la mano y aprieta. Se dicen con gestos algo que no debemos saber.

Llegamos a la casa y acompaño a mi hermano a bañarse en su tina. Le lavo el pelo y el agua se pinta de rosa. Burbujas rosas, la cara molida, Juan está apartado de mí y conectado a otra cosa, a un espectro invisible. Lo escucho balbucear, y cuando le pregunto qué dice contesta que no, que no le pregunte nada. Le toco con los dedos la herida y aprieto.

—¿Te duele? —no me contesta.

Me veo en el espejo y tengo la boca y el mentón sucios de sangre, como caníbal. No me limpio la cara para hacer escarmentar a los ingleses, pero ya no los veo. Se encierran en su cuarto. Juan y yo cenamos chícharos viendo la tele y nos quedamos dormidos en el sillón.

Al día siguiente nos despiertan casi a patadas y nos suben al coche junto con Ramona. Vamos a ver a un psiquiatra inglés en un hospital cerca de Pachuca. En el camino le preguntan a Juan cien mil cosas y me callan si intento contestar en su lugar. Juan está aturdido y contesta sin orden. La carretera parece casi terminada. Holly lo hostiga con preguntas complicadas que Juan no sabe contestar y en su